

nuevo hijo, y en la humanidad con toda nueva generación; ilusiones y esperanzas que más fuertemente nos ayudan á vivir y nos impiden llegar á ser peores de lo que somos.

* * *

Observando la Directora mientras cantaba con los niños, me acordé haber oído decir á algún visitador de aquel Asilo que ella se fatigaba sin miramiento alguno, gastando su propia salud; y con efecto, en la excitación de aquel instante, su aspecto confirmaba aquel juicio. Yo se lo dije al salir, después de haberle expresado mi más viva y reverente admiración. Ella sonrió con una ligera expresión de tristeza, y respondió con un ademán vago de las manos que quería decir:—¡Qué importa! Gasto la vida por los niños, y moriré contenta.

Cuando permanecí solo en la puerta unos segundos, percibí un ruido detrás del portón como si volviese corriendo la Directora á la Escuela para ganar aquellos momentos de tiempo perdido.

Un minuto después, con efecto, llegó hasta mí en la calle el acorde del canto debilitado y dulce de las trescientas voces infantiles!



LAS CARTAS ANÓNIMAS

CONFERENCIA

A muchos parecerá ligero y fútil el argumento que he elegido para esta conferencia. Declaro ante todo que no me propongo propiamente pronunciar una conferencia, sino, antes al contrario, mi propósito se limita á una esfera más modesta; una conversación más sencilla y más alegre que un discurso, y la llamo conversación, aunque hable yo solo, porque estoy cierto de que vosotros seréis mis interlocutores mentalmente, con vuestras observaciones y con vuestros recuerdos y recibiréis las notas de mi pensamiento no discordantes, estoy seguro, de esos vuestros recuerdos y vuestros pensamientos; paréceme, fuera de duda, que los más de los que me escuchan han tenido que ocuparse alguna vez por nece-

sidad, y como parte pasiva, bien entendido, del castigo literario de que quiero hablaros.

Y si el asunto os parece ligero, tened la bondad de dispensarme en gracia á las muchas veces que en forma de conferencia se os habrá ofrecido, como es uso corriente, un alimento científico un tanto demasiado grave, no para vuestra inteligencia, superfluo es decirlo, sino para la disposición de espíritu en que estábais en aquel momento y para la cual disposición hubiera convenido más bien una distracción agradable que un esfuerzo de atención.

Pero ¿es verdaderamente ligero el asunto que he elegido para tema de mi charla? Tal puede parecer, pero no lo es en realidad. Ligero no puede juzgarlo quien considere la grave importancia social que por sus efectos tienen las cartas anónimas: cuántos hechos que nosotros solemos atribuir á otros orígenes, cuántos dolores, escándalos, discordias y ruinas causan continuamente alrededor de todos nosotros semejantes cartas!

Y á quien me pregunte qué utilidad puede brotar de mis palabras, le responderé que espero por lo menos un efecto conve-

niente y útil, porque del daño de una carta anónima, casi ninguno está libre, y yo pienso que el tratar tal argumento de modo que se demuestre la insensatez y toda la extravagancia, y misera y ridícula pequeñez de ánimo y de inteligencia que se encuentra en este ejército clandestino de malhechores epistolares que infestan el mundo, puede servir para librarnos, en parte, de la amargura que nos proporcionan, mortificando la sensibilidad demasiado aguda, y, digámoslo también, ni viril ni noble que ofrecen casi todos sus golpes. Si alguno de los oyentes cuando reciba una de aquellas cartas, al acordarse de mis palabras, en vez de sentirse airado y de sufrir, la arroja sin leerla, ó la lee con la sonrisa en los labios, ó con un sentimiento de desprecio, creo que el asunto que he elegido para desarrollar en esta ocasión, parecerá justificado, ni será tiempo perdido el que consumais aquí.

*
*
*

He dicho que las cartas anónimas producen en la sociedad un montón de males. Quien lo dude, no tiene idea de cómo se escriben. Desde la garita del portero hasta

el gabinete del Ministro, desde la buhardilla de la mujer del pueblo hasta la sala de la señora, desde el estudio del artista hasta las oficinas de la policía, desde el Rector de la Escuela hasta el jefe del regimiento, desde el palacio del arzobispo y del soberano, va y viene la carta anónima á todas partes y de todas partes. El cartero que habéis encontrado esta mañana, llevaba quizá varias en la valija; había acaso recibido una el amigo que os saludó por el camino con aire descompuesto; el buzón en que acostumbráis á echar vuestras cartas, ha tragado tal vez cientos de esas epístolas, año tras año; y sin embargo, sabiendo ó ideando esto, si interrogamos sobre el particular á alguno de aquellos que por deber de oficio tratan más de cerca y casi de continuo las personas, los litigios, los delitos de los otros, reconocemos que lo que imaginábamos, estaba muy por bajo de la realidad; permanecemos admirados al percibir cuánta maldad, cuánta rabia, cuánta envidia, cuánto odio va dando vueltas por el mundo por todas partes, encerrados en un pequeño s6bre entre los dobleces de una hoja de papel que no lleva nombre, y más que admirados, permanecemos desconcer-

tados si averiguamos cuántas personas cultas y respetadas, que no habríamos jamás creído capaces de un acto semejante, fueron y son capaces de él.

Y, no obstante, considerando la cantidad de tristes pasiones que enfurecen á los hombres, y la facilidad que ofrece este medio de desahogarlas, nuestra admiración no es razonable. Más razonable sería maravillarse de que no se haga de tal medio un uso mayor.

Grande es, con efecto, la tentación que ese recurso ofrece al odio y á la venganza. No hay necesidad de un cómplice, del cual es preciso servirse á veces á alto precio, poniendo en riesgo el honor y la libertad. Se da la puñalada directamente, con la mano propia. La impunidad está asegurada, el golpe no es menos seguro, y no cuesta más que 10 céntimos, y aun queriendo, hasta esos céntimos se hacen pagar por el herido, no franqueando la carta.



Entremos, pues, en el asunto. Excluyo del análisis las cartas anónimas benévolas. Algunos permanecerán estupefactos al sa-

ber que se escriben de esta clase. Y se escriben. Hay en el mundo (y esto conforta) una cantidad de benevolencia y de admiración que va por el correo, dirigida á quien es objeto de ella, sin pedir gratitud. Hay cultivadores honrados y benignos árcades que acarician la epistolografía misteriosa; delicados que expresan su simpatía á los artistas, á los escritores, á los hombres políticos, que quieren hacerles más viva la satisfacción, no dejando ni siquiera lugar á la sospecha de que en el sentimiento que los mueve, esté el deseo del agradecimiento. Algunos de éstos, nos dirigen censuras, pero en forma respetuosísima, y nos ruegan que no prosigamos por un determinado camino, buscando persuadirnos con muchas razones y con palabras entusiastas y agradables, que demuestran una sincera solicitud por nuestro bien. Más de un actor célebre recibió una de estas cartas, que se encaminaba á corregirle de un defecto en su manera de recitar. Algunos son verdaderos modelos de exquisita delicadeza y de lógica finísima; otros, en su benevolencia, no carecen de cierta originalidad. Un escultor ilustre recibió una carta, en la que se expresaba una clara admiración por su monumento á

José Garibaldi, haciendo una sola reserva, relativa al birrete que usaba el héroe; el anónimo ofrecía generosamente hacer el gasto de esta cobertera de la cabeza, siempre que el artista declarase en un periódico que aceptaba la propuesta del cambio.

El más grande actor trágico de Italia, después de su insuperable representación de *Otelo*, recibió un anónimo de un marido, el cual le daba gracias con frases calurosas porque le había enseñado la verdadera manera de poner fin á la infidelidad de su mujer; y tuvo al día siguiente otra carta, todavía más ardentemente admirativa que la primera, de una señora que no se firmaba, pero que le indicaba el modo de encontrarla; y esta señora, que conoció al actor, era la mujer de aquel marido: lo cual demuestra que no siempre es verdad que la comunidad de la admiración sea un lazo entre las almas!

Pero los más curiosos de este grupo, y quizá los menos raros, son los enamorados ardientes y modestos que escriben á las señoras; no firman sus cartas, porque no tienen sombra siquiera de esperanza y ni siquiera sienten la más remota intención de firmar un día su carta, verbalmente. Escri-

ben por puro desahogo del alma, algunas veces, cartas eternas, y aquella familiaridad imaginaria, en la cual derraman toda su admiración amorosa, aquel tutear al idolo en diez páginas sucesivas, figurándose la sonrisa de complacencia curiosa y compasiva que brillará un momento sobre sus inocentes periodos, y pensando que aquellos dedos se pondrán sobre el mismo margen que tocan los suyos, es para ellos un goce espiritual y casi físico tan sutil, que casi da á ellos por breve tiempo la dulce ilusión de un coloquio íntimo y feliz. ¡Felices ellos, y aquellos maridos que no tienen que temer del correo otras insidias! Pero éstos, y los otros señalados, no son sino una minoría pequeñísima en el gran número de escritores de cartas ciegas, como los bienhechores ocultos; en comparación de aquéllos, innumerables hay que no arrojan el escudo sino sobre el velador sonoro del periodista.

*
* *

Casi todas las cartas anónimas son de índole perniciosa, y éstas tienen una circulación extraordinaria. Si pudiésemos seguir el viaje de ellas por el mundo, permanece-

riamos estupefactos de las distancias inmensas que recorren en línea recta y de los extraños giros que llevan á cabo en un reducidísimo espacio. La mayor parte no salen de la aldea ó de la ciudad donde han sido escritas; pero muchas también van de ciudad en ciudad y llevan su punta envenenada á través de los continentes y de los océanos; unas sólo van á una casa de la vecindad; otras, escritas en una casa, vuelven después por el correo á la misma de la cual partieron, al piso de encima ó de debajo y se detienen con frecuencia en la puerta de al lado ó en la de enfrente del mismo piso. Y son frecuentes los casos más extraños.

Hay cartas anónimas que vuelven á la misma familia de la cual salieron y son recibidas por el cartero y vueltas á enviar con afectada indiferencia al padre del destinatario ó al dueño ó dueña de la mano misma que la ha escrito y sellado. Pero hay además á menudo otras cartas anónimas dirigidas por el que las escribió á él mismo, y con una alteración cualquiera de la escritura, para parecer víctima de una persecución y sacar pretexto á la realización de ciertos actos, ó escritas imitando el carác-

ter de letra de alguna persona para acusarla de aquella infamia. Y hasta las hay intrépidas que van á esperar en el nuevo destino al empleado, al médico, á la maestra, á fin de que, apenas llegada, encuentre una alegría pronta, y que van á desacreditarlos cerca de las autoridades y convecinos para procurarles acogidas descorteses. Y en la elección del día y de la hora en que se hacen llegar estas cartas no se manifiesta menos que en otras circunstancias la inquina humana que en el contenido de ellas mismas y en su fin.

Existen cartas que llegan á la prometedida la misma mañana en que ella va al Juzgado municipal, ó una hora antes de que vaya á la Iglesia; existen las que recibe un invitado al banquete dado en su honor, en el momento de sentarse á la mesa; la que el autor dramático encuentra al llegar á su casa á la media noche, al volver de un triunfo; la que da la bienvenida á un viajero que vuelve de larga excursión, y la que recibe un pobre caballero desde las fiestas de Navidad á primero de año, la cual, entre tantas cartas como dicen: «Felices Pascuas», «Feliz entrada de año», «Le deseo mil augurios de fortuna, cien años como

éste», le hace más efecto la que le llama *bufón* ó *asno*, ó le anuncia de antemano un próximo fin;... y otras innumerables enviadas en otros momentos escogidos y elegidos con un tan feroz refinamiento de perfidia psicológica, que si en los infiernos hubiera correo no se podrían hacer mejores.

*
*
*

Las personas más saeteadas por las cartas anónimas se pueden dividir en dos grandes clases: las que por estas cartas son directamente heridas, y aquellas á quienes se escribe con el fin de herir á otros individuos. Las primeras, entre éstas, son los jefes de Policía, Fiscales, los cuales reciben falsas denuncias de calumniadores y verdaderas denuncias de caballeros medrosos, y todos los jefes de oficinas y establecimientos en cuyas manos está la suerte de muchos empleados, porque la desesperada concurrencia en la lucha por la vida, hace recurrir hasta al arma de la carta anónima para arruinar á un infeliz y procurar la vacante de un misero puesto que, con dificultad, da para comer. Suelen recibirlas también los agentes del impuesto, porque hay mu-

chos probos ciudadanos, los cuales tienen vehementísimo deseo de que un amigo ó conocido suyo, ó simplemente paisano, se ponga al corriente con el Erario en el pago de la riqueza móvil. Algunos de la otra clase, directamente heridos, son los candidatos en el período de elección, los abogados criminalistas, los amantes afortunados, las mujeres hermosas que tienen alrededor muchos solicitadores y sobre la conciencia muchos rechazados, y todos los hombres que han llegado á la fama por cualquier camino. Los más flagelados entre éstos creo que sean los escritores, ya porque más fácilmente lastiman las ideas y los sentimientos del prójimo, ya porque su nombre salta con más frecuencia á la vista, cosa que molesta á muchos.

Casi todos reciben la primera carta anónima después de su primer éxito, que le pone en candelero; una carta en la cual (naturalmente) se les dicen que no tiene un ápice de ingenio y que el público se ha equivocado por completo. Este primer anónimo es casi siempre de un compañero de sus primeros años, entre las imágenes de los cuales resulta fácil encontrar su cara sombría y malévolá; su carta no es más que una

venganza de los celos de la escuela. Después las cartas son variadísimas, y se suceden, en ellas se echan en cara los errores, se discuten violentamente las ideas, se rie del entusiasmo, hay acusaciones de estar vendidos, de servir á una camarilla, de mentir ó de fingir en todo y para todo. Estas cartas proceden á veces de remotas é ignotas aldeas, que la víctima necesita ir á buscar á qué provincia pertenece, en su Diccionario geográfico.

Notaré de pasada, entre estas perseguidoras epistolas, un tipo singularísimo: aquel que va constantemente detrás de un escritor durante toda su vida, á intervalos de dos, cuatro ó seis años; después de cualquiera manifestación pública de vuestro pensamiento, recibís por el correo un par de coeces de este perseguidor. A veces os combate por ideas distintas de las que os combatió al principio; pero él, aun habiendo cambiado de la primera, que no le era simpática, continúa, sin embargo, siguiéndoos la pista.

Ha mudado de residencia varias veces, ha tenido él también sus tristes alternativas; pero ha permanecido fiel á su obra, habrá perdido la salud, los dientes y las plu-

mas; pero ha conservado amorosamente desde la juventud á la madurez aquella intrépida constancia de antipatía hacia vuestra persona. Sois una ocupación de su vida, un hombre que casi le es necesario para descargarse el hígado. Podéis estar seguros de que cuando cerréis los ojos experimentará un sentimiento de sincero... despecho.

*
* *

¡Qué curiosa colección se podría reunir recogiendo las más extrañas cartas escritas por manos indoctas á hombres célebres!... ¡libro no solamente instructivo, como documento psicológico, sino útil á los jóvenes que se dirigen á la gloria, que pierden el ánimo al primer ultraje de un desconocido!

Tuve una vez esta idea, pero la repugnancia de importunar á hombres eminentes ocupados, me hizo desistir de la investigación, apenas comenzada.

De cuantos interrogué ó hice interrogar ni uno sólo hubo que no estuviese injuriado por el anónimo; hasta en los períodos de la vida en que parecía más unánime el aplauso con respecto á su nombre. Y esto es digno de notar: que no son los más áspe-

ros y violentos de carácter, los más atrevidos y soberbios provocadores de la opinión pública en la propagación de la nueva idea los que fueron más frecuente y más fieramente atormentados, sino los más mansos, aquellos de ánimo más benévolo y de lenguaje más prudente; lo cual es naturalísimo, aunque parezca ilógico á primera vista, porque los injuriadores anónimos, que no hieren más que por placer de herir, vibran preferentemente los golpes contra quien creen que por la delicadeza de su naturaleza los sentirán más vivamente, y son menos tentados á probar su pluma sobre las pieles duras, contra las cuales se despuntan con facilidad.

Giusti dice en su *Epistolario*, haber recibido cartas ciegas á montones; muchísimas, groseramente insolentes, recibió Jorge Sand; Victor Hugo, muchas; y uno de sus biógrafos publicó una para modelo, recibida en 1877, particularmente galante: «Esta vez no haremos la barbaridad de dejarte salir de París para ir á hacer la vuelta del destierro. Te ajustaremos las cuentas, bribón.» De la misma boca de Alejandro Manzoni recogí otra del mismo estilo, que la repetía riendo: pero éste al menos

no le tuteaba. «He leído—decía—*Los Novios* y me han aburrido, porque usted trabaja para la gente de almacén (clerical, por supuesto), y como todos aquellos que trabajan para la tienda, sois llevado en triunfo por horteras. Os auguro una larga vida, no porque desee veros vivo, sino porque han de volver para vos y para vuestros compadres los tiempos de la guillotina y deseo que lleguéis á tiempo para que yo lo vea.» José Verdi recibió varias, y no sólo en el período de sus primeras luchas, en el cual se comprende que pudiese tener rivales envidiosos, sino hasta en estos últimos años, lo cual es inexplicable; una carta, entre otras, que presagiaba al *Falstaff* un fiaseo solemne. Pablo Mantegazza recibió amenazas de muerte; Lorenzo Stecchetti, amenazas de infierno. Tomás Salvini recibió cosas peores: la intimación de representar una horrible comedia, que acompañaba á la carta anónima, el autor de la cual le insultaba. Otros varios recibieron anónimos de quienes se firmaban como hijos é hijas suyos que les trataban de padres desnaturalizados y pedían misteriosamente un billete de Banco en nombre de la madre traicionada, y muerta, por supuesto. Pero además de esto, en

todas las cartas insultantes escritas á hombres ilustres, se encuentra esta afirmación característica, reveladora de la pasión que las inspiró: que el último arte ó profesión que el personaje habría debido elegir, es precisamente aquella en la cual se ha hecho célebre, y que debería abandonarlo para su bien. Verdi había ya escrito sus óperas más populares, cuando recibió un anónimo en que le aconsejaban dejar la música (y recuerdo las palabras textuales), recomendándole que se dedicase á *otras industrias*.

*
*
*

Para todos estos hombres, sin embargo, hasta para los más delicados, la crítica impresa es una especie de *virus antirrábico* que les preserva para siempre de los efectos de la mordedura epistolar. Es muy difícil, con efecto, que una carta anónima, salvo la trivialidad del lenguaje, que no es lo que ofende más, diga algo más amargo que tragar de cuanto se les dice por la Prensa. Al recibir una de estas cartas, piensan: el amigo podía estampar sus impertinencias, y en vez de ponerlas en un periódico, las ha puesto dentro de un sobre: algo se gana.

Pero la mayor parte de los hombres honrados han recibido de los anónimos verdaderas heridas sangrientas. Casi ninguno, aun habiéndose hecho el propósito de no leerlos, consigue poner en práctica su propósito.

Visto que falta la firma, piensan en casos parecidos, en los cuales ciertas personas fueron advertidas por un anónimo, de un peligro real, de un amigo traidor de quien han podido librarse, de una calumnia grave que corre contra ellos, y este pensamiento detiene sus manos, que habían ya aferrado la hoja para arrojarla á la chimenea.

Es un error, casi siempre, porque no hay tanta caridad fraternal en el mundo; porque de un peligro ó de un daño, no nos advierte más que quien nos quiere bien, y, por lo general, quien nos quiere bien no se oculta.

Pero el temor de un mal indeterminado y evitable es más fuerte en ellos que el deber de dejar de tragarse una injuria en silencio. ¡Ah, quién pudiese ver todas las extrañas luchas que se combaten en el ánimo de quien se ha propuesto no leer cartas anónimas! Se verían escenas semejantes á la

del protagonista del drama *L'Assommoir*, que después de haber jurado no volver á beber, gira en derredor de la botella, atraído á un tiempo y rechazado, y se aleja, y se aproxima, y ceja, y adelanta hasta que cae al fin sobre la botella, fascinado.

Se verían hombres serios hacer lo mismo con la carta: se les vería un poco de tiempo con el papel en la mano, mirando el sobre, como si sobre este sobre le mirasen dos ojos diabólicos, fijos en los suyos; y después rechazarlo con desprecio, recordando las palabras desdeñosas de Máximo de Azeglio y diciendo: «Anda, bribón, yo no me bajo hasta ti», y después volver á coger la carta y llevarla en el bolsillo durante medio día, combatido por la incertidumbre, y al fin, aferrarla y tragarla de un sorbo, como se hace con una medicina repugnante.

Y se vería alguna vez una escena más triste; se vería al pobre hombre inclinarse á recoger los pedazos del cesto de los papeles, ponerlos juntos en la mesa, diligentemente, con mucho cuidado, como los pedacitos de un mosaico, y fatigado y sudando una hora para llegar á este hermoso resultado: ¡verse llamar bruto, estúpido, con la

satisfacción por añadidura de haber recompuesto con sus propias manos todos los cumplimientos que se le dirigen!

*
* *

Casi todos son turbados por los anónimos, pero algunos, con respecto á los mismos, son afectados por una sensibilidad verdaderamente patológica, que les hace merecedores de la compasión de toda alma buena. Cada dirección de carácter desconocido los pone en conmoción; abren el sobre con la mano agitada, como si contuviese una substancia explosiva. Reconocido el atentado, cómo abandonan la fantasía á las sospechas más extravagantes; acogen dudas inverosímiles que recaen hasta en las personas más respetables; buscan entre las cartas olvidadas ó guardadas hace mucho tiempo, para confrontar el carácter de letra con el nuevo manuscrito, temblando, y conservan la hoja de papel siniestro, años á veces, con la esperanza siempre viva de descubrir al reo, al cual vuelven á buscar de vez en cuando, estimulados por nuevas sospechas. Algunas veces se creen ya seguros de haberlo encontrado, y envían la car-

ta á una persona decente, que no la ha escrito, suscitándose con este motivo los consiguientes disgustos. Hay algunos á quienes una carta anónima de las más necias le ha perturbado tan por completo el alma, que ha estado semanas enteras agitando el papel en el aire, y mirando á los ojos de todos los amigos y conocidos con quienes hablaba, con mirada astuta para ver si descubría, al hacer una revelación de haberla recibido, en cada una de aquellas personas, al autor. Éstos, por lo regular, son hombres de orgullo y de imaginación muy viva, los cuales sufren de aquel modo extraordinario, porque en virtud quizás de su misma vivísima imaginación, odian al propio tiempo á todas las personas de las cuales sucesivamente sospechan, y cuando no sospechan de alguno, siendo para ellos la carta anónima como la injuria de una muchedumbre esparcida, sienten un efecto proporcionado á la dimensión fantástica de la ofensa. Su tormento más fuerte es el de no poder vengarse; experimentan la rabia de quien fuese abofeteado por una mano impalpable, y se afanan por agitar los puños en el aire y dar puntapiés en el espacio contra un fantasma sonriente é inmóvil. El mejor consejo que

se puede dar á éstos es el de tener oculta cuanto les sea posible su debilidad para que no se traduzca al exterior, porque de otro modo están perdidos, y recibirían un paquete de cartas por semana, y estallarían al fin y al cabo.

*
* *

Es la imagen de esta tortura la que acaricia el bribón y la que le alienta para escribir sus anónimos; pero el placer que experimenta es muy complejo, casi una serie de placeres que saborea y mastica por un cierto espacio de tiempo. En el acto de escribir, es el goce pleno y salvaje de la libertad de la palabra, es la satisfacción de romper á poca costa y de sentir caer á sus pies aquella túnica de civilización que para algunos es como una camisa de fuerza dentro de la cual se agita siempre el violento hombre primitivo. Es rehacerse una vez de tantos penosos sacrificios hechos á las conveniencias sociales y al miedo, es la voluptuosidad remotamente atavística de urgar con la pluma á su gusto en las entrañas de un hombre, como con la punta de una flecha. Desahoga casi una necesidad dolorosa, dicen, «es una vileza», pero que parece casi

que se defienden rechazando las injurias que le hacen un nudo en la garganta, aligerándoles de los odios que llevan amontonados sobre el corazón.

Y cuando miran á su alrededor y arrojan al buzón la carta, empieza para ellos un período de expectación agradable, como para el cazador apostado que espera la pieza en el barranco donde caerá. Cuentan las horas en que su bomba literaria puesta en la mano de su víctima estallará; quién sabe cuántas caras preocupadas que encontramos paseando, son semblantes de escritores de cartas sin firma que esperan la hora del estallido de su dinamita! La hora ha sonado y se figuran la escena: el hombre de su corazón rompe el s6bre tranquilamente, bromeando con la familia. ¡Qué placer ver su semblante ponerse serio, después oscurecerse y después quedar lívido! ¡Y cómo arruga el papel entre las manos, cómo se come las puntas de la barba y del bigote, qué relámpago brilla en sus pupilas!—¡Si, busca, busca!—La imagen de cada contracción de sus músculos se refleja en una sonrisa feliz en la boca. Y si después tiene modo de verle por la calle con una cara por la cual se comprende que lleva siempre

aquella carta en el bolsillo del pecho como un cáustico, su alegría se redobla. Y cuando, siendo su amigo, puede abordarle, estrecharle la mano, preguntarle la causa de su turbación, palpar su herida, meter el dedo dentro y reavivar su dolor, la voluptuosidad se redobla y refina de un modo exquisito. Si, por último, ve que su sospecha recae sobre otro, contra el cual vomita injurias y medita una venganza, y puede confirmarlo en aquella sospecha, darle consejos y sentirse dar gracias por su buen corazón, entonces la voluptuosidad es tan intensa, que el odio suyo se transforma casi en un sentimiento de benevolencia hacia aquel que le ha proporcionado tan intenso placer, y hasta es capaz de consolarlo sinceramente.

*
*
*

La pasión que hace á un hombre más sensible á la punción de las cartas anónimas es, después del orgullo, el amor, y la más fácil de cometer entre todas las vilezas, los celos. Por eso, sobre el campo amoroso es aquel sobre el cual cae la lluvia de tales cartas más copiosamente. La carta clásica en este género es aquella que de-

nuncia la mujer al marido y el marido á la mujer, con la indicación del día, de la hora y el lugar en el cual se manumiten sus derechos respectivos; instrumento precioso en manos de los comediógrafos, de los dramaturgos y de los novelistas; pero que también llevó la desgracia, como es sabido, al pobre Giacometti; alrededor de esta carta clásica, la variedad es infinita, desde aquella que va á anunciar al pobre emigrado, solo, más allá del Océano, la primera ligerísima alteración de aquellos contornos femeninos que son casi la forma visible de su honor de marido, hasta aquella que va contra los pobres enamorados, suspirando por el gran día, para matar el amor y mandar al diablo el matrimonio. Estos últimos, desgraciadamente, ya inclinados á la sospecha por la naturaleza de la propia pasión, devoran las cartas anónimas con una especie de rabiosa voluptuosidad, y creen en ellas con una facilidad verdaderamente digna de lástima. Y sin embargo, es este el campo en el cual se escriben las cosas más cómicas. Las revelaciones con respecto á los amores pasados, á la dote que peligra, á los defectos ocultos de carácter, y á la enfermedad hereditaria de la prosa-